

El papel de la sociedad civil en el cambio del metabolismo de las ciudades

Rafael Fuentes Niño

“Un pantano puede llegar a ser habitado y ha llegado a ser ciudad. Un lago también; hasta un desierto. Como si las ciudades quedaran en la mente y los lugares fueran una excusa para que la imaginación hiciera la tierra doméstica, las ciudades quedan en la mente y el valor puestos sobre la vida y la muerte”

Luis Castro Leiva
(Filosofía de la ciudad)

Las ciudades, al igual que la biósfera, son sistemas que procesan materiales. La biósfera ha evolucionado hacia un sistema de reciclaje casi perfecto, equilibrado y eficiente en el intercambio, articulado en su organización. La ciudad se asemeja mucho a los primeros momentos de la evolución biológica, donde los organismos vivos más primitivos, obtenían la energía del consumo de moléculas orgánicas acumuladas desde tiempos prebióticos. La evolución del *metabolismo de la ciudad*, debe convertirla en un lugar habitable, esto es, escala y cantidad humana razonable, con procesos sostenibles en el tiempo, basados en la equidad y eficiencia, y con una valoración del medio ambiente, que promueva lo humano y articule sus integrantes para resolver sus problemas.

La habitabilidad es una experiencia entre el hombre y su entorno. Es una condición de la ciudad. Las ciudades, tal como lo hace una célula, reciben desde afuera la mayor parte de la energía, las materias primas, el agua, el aire, etc; para luego procesarlos, almacenarlos y, según sea su consumo y distribución interna, regresarlos al entorno, transformados en bienes y servicios; información (para algunos cultura), y desechos. Este metabolismo de la ciudad está generando una alta concentración desorganizada de gente, una sobreexplotación de los recursos, con alta generación de desechos, y una in-

mensa pobreza, todos estos símbolos inequívocos de la involución del hombre, relativa a la biósfera.

Los sectores formales han promovido la superación de estas tendencias de la ciudad, a través del desarrollo de los sectores productivos, el cual incorpora al individuo a un intercambio de bienes y servicios, los cuales disfruta y, si tiene excedente, los transfiere a voluntad. Si bien es cierto, que este camino ayuda a paliar la pobreza, también mantiene aún latentes los problemas de concentración desorganizada, junto con el problema de la sobreexplotación de recursos y alta generación de desechos, los cuales terminan inevitablemente menoscabando la calidad de vida de la ciudad al deteriorar el ambiente. Este desarrollo del sector productivo, asumiendo que se realice eficientemente, recuperaría la capacidad ociosa del sistema, e incorporaría nuevas áreas, muchas de ellas vírgenes de modernidad, al desarrollo industrial y comercial. Se producirían nuevos empleos, bienes y servicios, incorporando a grandes contingentes de personas al proceso productivo. Tal es el caso de los países llamados los dragones de Oriente, los cuales han elevado considerablemente el nivel de ingreso de su población, pero sometidos a convivir con una altísima concentración de personas y deteriorando el ambiente; es decir, sus sociedades han alcanzado altos niveles de consumo, pero sacrificando, desde una



perspectiva integral, la calidad de vida.

Otra forma actual de superación de estas tendencias en nuestras ciudades ha sido la incorporación del contingente humano a los sectores productivos, pero desde una perspectiva informal. Las unidades de producción se insertan dentro del llamado sector de la economía informal en áreas comerciales e inclusive industriales. Es *la filosofía del rebusque* la que permite a los sectores más necesitados, aumentar el ingreso familiar y paliar también la pobreza; así vemos cómo las ciudades latinoamericanas reflejan un alto componente de economía informal, donde buhoneros toman plazas y boulevares, familias convierten sus hogares en talleres textiles o mecánicos, mientras otros resuelven el problema de la vivienda invadiendo áreas verdes o parques nacionales, como el Avila, el Henry Pittier, etc. Un caso muy conocido es el del Perú, en donde el 60% de la economía proviene de estos sectores informales (1). Si bien es cierto que ambos esquemas, tanto el formal como el informal, permiten la supervivencia de una población necesitada, lo hacen a partir del deterioro de elementos indispensables para una vida en comunidad, como lo son la escala humana y el disfrute del entorno sano, amable y agradable.

¿Pueden las políticas y sistemas económicos resolver los problemas de la pobreza, sin desbalancear, ni comprometer el futuro, entre la relación del hombre y la naturaleza?

Deberíamos aprender más de nuestra biósfera, evolucionar, ya no en compartimientos estancos, sino de una manera más integral. La valoración del espacio urbano y del ambiente son también elementos indispensables para valorarnos a nosotros mismos, para convertirnos en mejores personas. Esta valoración es una relación biunívoca, es decir, mientras seamos mejores personas, apreciaremos más nuestro ambiente y simultáneamente, al convivir en un ambiente más sano, podremos disfrutarlo y enriquecernos como seres humanos.



Los objetivos de este ensayo son en primer lugar, el de mostrar que valorarnos a nosotros como seres humanos (y por lo tanto, tener ciudades más humanas), implica el valorar, en su dimensión moral, la comunicación existente entre el medio ambiente y lo humano; y en segundo lugar, el de comprender que este proceso de valoración del ambiente, contribuye con los cambios que estamos observando en nuestras ciudades hoy, con una sociedad civil cada vez más autogestionaria y menos paternalista, más pragmática en sus soluciones y menos paralizantemente detractora en sus críticas y, finalmente, una sociedad civil más insertada en los procesos tecnológicos de comunicación y planificación (que habrían sido monopolio de algunos intereses), forjando un nuevo paradigma cultural de ciudad, de participación y acción, que se manifiesta a través de las redes de comunicación formal e informal.

SENTIDO UTILITARIO EN LA CIUDAD

Hoy, ya podemos apreciar que las ciudades son el arquetipo de la degradación ambiental. Sus principales causas son entre otras: sobrepoblación, pobreza, escasez de recursos naturales, desechos, desinformación, etc. A continuación analizaremos algunos de estos problemas observando algunas tendencias que las mismas comunidades les han ido imprimiendo para su solución.



SUPERPOBLACION

Es un hecho que cada día la mayoría de los seres humanos, estamos más arraigados a la ciudad, y aquellos que aun conviven fuera de ella, pareciera sólo cuestión de tiempo para que comiencen su éxodo. Según el informe del Banco Mundial de 1992, para el año 1990, la mayoría de la población mundial vivía en zonas rurales. La proyección más conservadora indica que para el 2030, la población de las ciudades duplicará la población rural mundial. En conjunto, las ciudades habrán crecido 160%, mientras que las poblaciones rurales sólo lo habrán hecho en 10% (2).

En Latinoamérica, ya existen 6 ciudades con más de 5 millones de habitantes y a la vuelta del año 2000, se incorporarán 3 ciudades más, a una lista que incluye 37 ciudades sobrepobladas en el tercer mundo (3). Adicionalmente, esfuerzos realizados por organizaciones internacionales para detener el éxodo hacia las ciudades han sido infructuosos; paradójicamente, en Latinoamérica, los índices de crecimiento poblacional están siendo producto, en mayor grado, de recientes nacimientos que de inmigración rural. Hijos de la pobreza, pero de la ciudad al fin.

AGUA, CLOACAS Y BASURA

El espacio verde de hoy será una urbanización, barrio o ciudad industrial mañana. Los servicios de agua

potable, drenaje de aguas negras y basura doméstica, son la expresión más notoria del deterioro ambiental en las ciudades. Estos sistemas colapsan, bien por exceso de demanda o por escasez de recursos. Por ejemplo, la Organización Mundial de la Salud (OMS) estima que para alcanzar los niveles mínimos necesarios para unas condiciones de salubridad decentes en las zonas urbanas de Latinoamérica, se hace necesario una inversión de aproximadamente 50 billones de dólares anuales, sostenidos hasta en el año 2000. Según datos de la OMS, entre 1980 y 1990, gracias a enormes esfuerzos, el acceso al agua potable por habitante ha aumentado a nivel mundial; sin embargo, a nivel urbano, el número de habitantes que no tienen acceso al agua potable en sus hogares, ha ascendido de 600 a 1.200 millones de habitantes. La basura doméstica, en nuestras ciudades del tercer mundo, produce alrededor de 700 gramos por habitante cada día. De esta basura, sólo el 60 % del total es recolectado, y sólo la mitad de lo recolectado es depositado en rellenos adecuadamente. Esto significa que para el año 2000, en Latinoamérica, tendremos que manejar 370.000 toneladas de basura al día, con el agravante que dicha basura continuará estando mezclada con desechos tóxicos de industrias, equipos médicos, etc., y desechos domésticos y comerciales con alto potencial de reúso o reciclaje (4).

AIRE

Otro círculo vicioso es que muchos de los empleos están en la ciudad, y con ellos los desechos industriales y los automotores. En el caso de las industrias, es necesario distinguir entre las grandes (metalurgia, cemento, productos químicos, minería y pulpa de papel), y las más pequeñas, que en suma podrían causar un deterioro aún mayor que el causado por las grandes y más visibles. En algunos casos, las industrias estuvieron a las afueras de lo que fue la ciudad. Hoy, estas industrias yacen en medio de ellas, producto de



un crecimiento desordenado. Estos efectos pueden ser los casos de casi todos los barrios y urbanizaciones de Caracas, la cual pareciera que nunca ha tenido un plan de ordenación del territorio.

Otro aporte considerable a la contaminación del aire, ocurre con las fuentes móviles o parque automotor. Estos producen grandes emisiones de gases contaminantes y saturan las calles y autopistas. En 1960 el parque automotor mundial oscilaba alrededor de 50 millones de vehículos; en 1990, el parque automotor está en 530 millones de vehículos (5). Este fenómeno de contaminación del aire abarca todas las ciudades del mundo, especialmente las ciudades de los países en desarrollo. Un estudio de la OMS (6), desarrollado entre 1985 y 1990, determinó que 1.300 millones de habitantes urbanos respiran un aire contaminado por humo y por polvo. Estos ciudadanos (90% en países en vías de desarrollo) están expuestos al peligro de enfermedades respiratorias, alergias y cánceres degenerativos que consumen entre 300 a 700 mil vidas por año.

LA DESIGUAL DISTRIBUCION DEL DETERIORO AMBIENTAL

Obviamente, el deterioro ambiental toca con intensidad diferente en las puertas ciudadanas. Dentro de la ciudad, toca con aplastante fuerza en los barrios y con los nudillos en las

puertas de las mejores urbanizaciones. En el barrio, el posible espacio libre es para el gallinero o la "pieza del resuelve"; en la urbanización, se dispone del jardín o balcón. El agua potable, escasa para todos y limitada en sus sistemas de distribución, llega menos donde hay más densidad poblacional, con el agravante de que un habitante de urbanización usa 7 veces más agua que otro en el barrio y paga sólo un porcentaje (1/6) del costo real del servicio. Los sistemas de drenaje de aguas negras y de lluvia en el barrio, pueden llegar a ser las escaleras o las vías de acceso, y en aquellos barrios donde los drenajes o quebradas existen, se cubren de basura, que los propios habitantes producen y botan, causando las tragedias conocidas en épocas de lluvias. El aseo urbano debe hacerse en los barrios en forma manual, incrementando los costos y siendo altamente ineficiente, dejando a su paso todo tipo de enfermedades. Por ejemplo, en el año 90 se gastaron en el área metropolitana 2,4 mil millones de bolívares en recolección de basura, de los cuales el 35 % se dedicó a recolección manual, mientras que sólo el 1% se dedicó a la recolección mecánica. Una conclusión de este problema es obvia, en las ciudades el deterioro ambiental y la pobreza van de la mano, reforzándose una a la otra.

DILEMAS DEL PLANIFICADOR

Para el planificador, más que *recetas de soluciones*, lo más importante es hacer las preguntas adecuadas, que le permitan entender mejor los problemas, y actuar con sentido común. Hemos visto que los problemas entre el hombre y el ambiente en la ciudad son complicados y tienen muchísimas vertientes. En muchos casos pareciera un círculo vicioso: por ejemplo, con el problema de la alta concentración humana, no importa cuánto se invierta en la oferta de los servicios (como traer agua potable a las ciudades, desarrollar sistemas de drenaje y de recolección de basura) ya que estos siempre esta-

rán saturados, bien sea porque la demanda de servicios sobrepasa la oferta, o porque una oferta de servicios eficientes atrae a nuevos grupos de personas, los cuales crearán una mayor demanda, que a su vez saturarán el servicio y el círculo continuará. Por el lado de la pobreza, si son pésimas las condiciones de salud, educación y vivienda, tampoco tendrá el individuo deseo de superación ni de participación en el sistema productivo, sino que tan sólo podrá sobrevivir esperando que algún día alguien lo ayude, en la inercia de la pobreza. Finalmente, por el lado del ambiente, el dilema se manifiesta entre el desarrollo o la preservación como condiciones excluyentes. Por ejemplo, si las industrias y automóviles contaminan el aire y las aguas, que respiramos y bebemos, somos los habitantes urbanos los que sufrimos las consecuencias (externalidades negativas). Sin embargo, de no estar allí esas industrias, serían menos los empleos directos e indirectos y menor la producción de bienes y servicios, con el correspondiente peso en los índices de desempleo y pobreza.

¿Cual será el papel de la sociedad civil, ante el dilema del futuro de las nuevas generaciones de preservar el ambiente con una visión integral, si por un lado, el sistema económico pareciera no tener incentivos para contrarrestar las externalidades negativas, valiéndose sólo del mercado, y por otro lado, el Estado luce impotente ante los dilemas actuales de la ciudad y el ambiente, viendo crecer la pobreza, producto del deterioro del salario real y de su incapacidad de crear nuevos empleos?

Si como sociedad civil queremos valorar nuestra relación con el ambiente, debemos salvarlo de su aparente función contemplativa de pajaritos cantando y hojas cayendo en el parque, y valorar el ambiente con una perspectiva integral de calidad de vida; esto es, por una parte, involucrar el espacio natural tanto al proceso productivo, como al espacio urbano, y por otra, incorporar en su organización y mantenimiento, a *nuevos actores*, con estructuras más



eficientes y con intereses más concretos dentro de la sociedad. Así, el reto de la sociedad civil es la de participar, con una visión integral, en el cambio del metabolismo de nuestras ciudades, a través de modelos que evolucionen hacia el equilibrio-eficiente entre los procesos de intercambio y hacia un consumo de bienes duraderos y reciclables, no desechables. De lo contrario, al empeñarnos en las visiones tradicionales de planificación, la tendencia podría ser la que hasta ahora parece imponerse: la pobreza irá escalando nuestros espacios urbanos y naturales, tales como el Parque los Caobos o El Avila, en 20 ó 100 años.

EL RESCATE DEL AMBIENTE DE LA DEPREDACIÓN DE LA POBREZA

La visión productiva del ambiente es una salida a mediano y corto plazo del problema del equilibrio pobreza-ordenamiento urbano-ambiente, la cual involucra a todos los actores del sector productivo: al sector privado, al Estado, y a la sociedad civil. Tradicionalmente, el mercado no contribuye a limpiar ríos, ni a emitir menos contaminantes, porque está tiene un costo adicional. Se hace necesario por tanto, un cambio de los mecanismos que hasta el momento han intentado propiciar una determinada actitud en la empresa privada, la cual ha sido altamente regulada (en todas partes del mun-

do), obteniendo resultados muy ineficientes y poco efectivos.

El uso de los intereses privados en la obtención de los intereses colectivos (7) pareciera darle un nuevo rumbo a la empresa privada, generalmente al margen de las actividades ambientales. Se trata de una participación de los sectores privados en la preservación del ambiente, utilizando los incentivos del mercado, para alcanzar los objetivos y disminuir los efectos coercitivos de leyes incumplidas. Así, se hace necesario analizar el uso de la tierra, de los parques, y de las plazas, desde una visión más productiva, realizando eventos que la integren a actividades con perfiles comerciales y recreativos, donde el lugar se asocie a una imagen atractiva para la empresa o persona.

El Estado por su parte, como propietario de los recursos naturales y de las riquezas en ellos contenidas, debe otorgar responsabilidades de administración y derechos de uso racional, a nuevos actores dispuestos a participar, incluyendo la sociedad civil, organizaciones no gubernamentales (ONG) y los gobiernos locales. Las competencias desarrolladas por el Estado se han ido complicando y deteriorando a la par de los recursos económicos. Así vemos cómo los terrenos del Estado han sido el centro de la explotación indiscriminada y de degradación ambiental, tanto por los sectores formales como los informales, talando bosques, secando ríos, extinguiendo especies; todo, a cambio de desarrollar alguna actividad económica, o de vivienda, que solventa el problema de vida, concebida a corto plazo. "Lo que es de todos, no es de nadie" (8). En esta frase se centra el debate, muy interesante, acerca de la función de los derechos de propiedad como incentivo para preservar áreas naturales; pero mientras este debate se extiende en Latinoamérica, en otros países del tercer mundo, especialmente en el África y Asia, se está experimentando una nueva manera de distribución de los derechos de explotación y preservación, adjudicándolos a ONG, comunidades ve-

cinales, empresas privadas y gobiernos locales, con excelentes resultados. Se han rescatado áreas sobre-explotadas, como de pesca, de riqueza maderera, de flora y fauna (las cuales, de seguir el ritmo actual de explotación, hubieran sido extinguidas). Están siendo manejados ahora por los propios beneficiarios, distribuyéndose cuotas de participación en cooperativas de producción. Este derecho adquirido del manejo del recurso, los está concientizando e incorporándolos a una explotación sostenible.

Finalmente, se hace indispensable que el otro actor fundamental que debe tomar parte en la revalorización productiva del ambiente, la sociedad civil, las comunidades y en conjunto, las ciudades, desarrollen una valoración por el pedazo de tierra que cumple funciones de parque o plaza. Entender, en primer lugar, el valor económico de ese terreno, que pudiera ser mucho más productivo (en términos monetarios) para la comunidad y sociedad en general, y comprender, que es sólo cuestión de tiempo el que allí funcione algo que produzca bienes y servicios, bien sea por la vía formal o informal. Hoy, muchas plazas han sido convertidas en viaductos que ya son irreversibles, y muchos parques de antaño son hoy verdes urbanizaciones. Pensar lo que significa El Avila o el parque los Caobos, en términos monetarios (el costo de oportunidad) puede darnos una idea del *lujo* que significa tenerlos allí. Todos los habitantes queremos mucho a los parques y plazas de nuestras ciudades, pero ¿cuándo estamos dispuestos a pagar o participar por ellos? Rescatar el potencial económico del ambiente significa valorar, más que contemplativamente, los parques y plazas de nuestra ciudad, significa salvarlos de su improductividad, de su contribución a la pobreza. La idea es rescatar a tiempo los espacios humanos que aún le quedan en la ciudad. Ya no se puede desarrollar una actividad productiva sin contribuir con el ambiente, ni preservar el ambiente, sin contribuir con la productividad.

Se trata entonces, de desarrollar una *valoración productiva por el ambiente que integre* al sector privado, a la sociedad civil y a los gobiernos locales, para que adquieran responsabilidades de administración, mantenimiento y comercialización de tales parques y plazas y recursos naturales. Así por ejemplo, el parque de Caricuao, Los Caobos, Los Chorros, el del Este, o el Avila, podrían ser administrados por nuevas instituciones o grupos de la sociedad civil, de una manera efectiva y eficiente. Serían ellos los encargados de colocar las tarifas, de contratar el personal, de informar a la comunidad de los atractivos del parque, de generar participación para su preservación, de generar organizaciones de investigación científica, organizaciones estudiantiles de ayuda, fundaciones sin fines de lucro, que conjuntamente con empresas locales (que también son beneficiarios), participen en la valoración del parque. Las ideas y participación de la sociedad civil fundamentados en un desarrollo integral, implican una visión productiva del ambiente, para su propia preservación. Esta participación de la sociedad civil significa un *medio* de organizarse creando sinergias, pero simultáneamente, un fin como compromiso de mejorar su calidad de vida.

OTRA IMPORTANTE TAREA DE LA SOCIEDAD CIVIL: EL USO RACIONAL DE LOS RECURSOS

El uso racional de los recursos requiere corregir las distorsiones en hábitos de consumo masivo. Existe una demanda del servicio de agua muy superior al servicio ofrecido. Si a esta demanda le añadimos el uso desproporcionado o despilfarrador del líquido, entonces ya no es sólo un problema de eficiencia, sino también un problema moral. Mucho se puede hacer para conservar y utilizar más eficientemente el agua, esto es, usarla más racionalmente. Experiencias exitosas del manejo del agua, se fundamentan en sistemas administrados por gobiernos locales o regio-



nales, los cuales se encargan de atacar el problema tanto por el lado de la demanda, como por el de la oferta. Así en el lado de la demanda, se tratan de eliminar los malos hábitos de consumo a través de campañas educativas, programas de conservación y también a través de un sistema de tarifas al usuario, que incentivan a la preservación de este recurso natural renovable, pero agotable. Por el lado de la oferta del servicio, se desarrollan más fuentes de agua, embalses, y mejores y más confiables sistemas de distribución, para tratar de darle alcance al crecimiento poblacional y urbano.

El problema moral del agua es mucho más complicado. Por un lado, se erige el fetiche del agua gratuita para el pobre, y casi gratuita para el resto de los usuarios. "El servicio del Estado social, o de los derechos adquiridos por el pueblo". Sin embargo, los hechos demuestran que éste es uno más de los subsidios regresivos que reciben los barrios, es decir, que por cada 100 Bolívares que reciben de subsidio de agua en los barrios, se deben repartir en los sectores pudientes alrededor de Bs 700 per cápita, por concepto de subsidio en el agua. La estructura desordenada de distribución del agua es altamente ineficiente y costosa en los barrios. Sin embargo, como práctica informal, se adhieren a tuberías matrices, tomando el agua, a través de conexiones improvisadas. El resultado es bien conocido, de cada 100 litros bombeados por los sistemas de

agua, aproximadamente llegan entre 40 y 50 litros; el resto, se va por las tomas improvisadas y/o caseras, así como por fugas en los sistemas de distribución. Hidrocapital sólo factura el 50% del agua que sirve, y de esa facturación sólo es cancelada el 80%⁹. Las sequías casi rutinarias en los barrios, son contrarrestadas por costosos camiones cisternas, cuyo costo por litro, que pagan los habitantes del barrio, es mayor al que pagamos en las urbanizaciones por tarifa del servicio. Cuando la escasez en el barrio llega a la semana, entonces la gente sale a la calle, sedienta, a protestar al instituto correspondiente, para que le envíen el preciado líquido. Mientras tanto, en las urbanizaciones más consolidadas, el servicio de agua es más confiable y se consume 7 veces más líquido por una persona, que en el barrio diariamente. Mientras el servicio de agua sea ineficiente, desconfiable, centralizado, y populista, la población de menores recursos estará pagando los costos de la escasez, con enfermedades y podredumbre.

La responsabilidad de la sociedad civil en este sentido es amplia. Llevar agua a nuestros hogares, no es fácil ni barato. Largos sistemas de almacenamiento y de distribución son construidos bajo grandísimas inversiones. Los montos de tales inversiones son tan grandes, que sólo gobiernos y organizaciones multinacionales son capaces de costearlos. Sin embargo, la sociedad civil y los gobiernos locales pueden al menos administrar, aunque más equitativa y eficientemente, los sistemas de distribución del servicio de agua. Así, podrían comprar el agua al instituto respectivo y establecer un sistema de tanques en las zonas altas de los barrios, los cuales permitirían un sistema más confiable. El problema sería entonces, el de gerenciar el recurso con mentalidad de escasez, pero para todos. Por el lado de la demanda, se pueden elaborar tarifas que cubran los costos operativos e incentiven una actitud más responsable de consumo, con programas educativos, que concienticen al usuario a valorar y a conservar el recurso,



porque las malas costumbres sólo se vencen con educación, incentivos y disciplina.

LA CIUDAD HUMANA

La ciudad de hoy se abre en las plazas y parques en busca de humanidad. Humanidad, que es espejo de nuestra moral y está delineada por la calidad de vida; su desarrollo integral está estrechamente articulado a un metabolismo que debe evolucionar hacia espacios urbanos organizados, procesos eficientes y equitativos, y un entorno sano y disfrutable. Cada parque o plaza, encierra en mosaico casi antropológico, un cúmulo de actividades humanas que reflejan una actitud moral, una cotidianidad que enaltece una forma de vida.

Como toda categoría moral, existe un compromiso valorativo entre el carácter utilitario y el carácter estético por el ambiente. El hombre valora utilitariamente al ambiente, porque recibe a cambio una determinada calidad de vida, aire limpio, agua potable, mejor salud y cosas por el estilo, como las que hemos analizado. Menos obvia quizás, es la valoración estética. De esta dimensión, el hombre aprecia lo pintoresco, lo bello, el esparcimiento, el impacto, la capacidad de inspirar la creatividad artística, la admiración por la creación. Es precisamente *la síntesis de esta valoración, lo que delimita nuestro juicio por preservar, por ejemplo, el parque Los Caobos o El Avila, o por el contrario, desarrollar en esas áreas un complejo de edificios de oficinas o viviendas, que traerían muchos empleos, bienes y servicios. De esta valoración dependerá el comprender si tiene el parque Los Caobos, o El Avila, alguna influencia en la*

evolución del metabolismo de nuestra ciudad.

Los baños mitológicos evocados en las esculturas hermosamente dispuestas en el Parque los Caobos, están siendo hoy en día actualizados por los baños muy alegres, que niños de la pobreza disfrutaban entre las aguas, ya verdes, de ésta gran fuente. Retan con sus risas y zambullidas, desde lo alto de las estatuas, cualquier bacteria que el tiempo haya podido incubar. Los anticuerpos, creados por años de pobreza, han evolucionado, permitiéndoles al menos disfrutar, entre grandes caobos, artistas, deportistas, y enamorados, el privilegio de la sencillez de jugar en armonía con la naturaleza.

"La habitabilidad de la cual hablo es la forma que toma el resultado de las inclinaciones morales de los habitantes que somos. Nuestros hábitos son los hábitos de nuestra manera de estar de la manera de ser de nuestra cotidianidad. No hay mucho misterio en esto, apenas un proceso social, para ser tangibles, o acaso el perfil de nuestros caracteres por entre medio de los elementos y geometrías que hemos escogido para decir que vivimos y para desafiar esas mismas pretensiones" (Luis Castro Leiva, op. cit., p.33).

NOTAS

1. Hernando de Soto. *El Otro Sendero*, 1988.
2. *Informe del Banco Mundial, indicadores 1992*. Washington D.C.
3. Tim Campbell. *Environmental dilemmas and the urban poor*. Chapter 5, Ed. Overseas Development Council, Washington D.C., 1989.
4. *Ibid.*, p. 171.
5. Nay Htum. *The environmental challenge and the impact in the oil industry*. Energy Policy, January, 1990.
6. *Informe del Banco Mundial, indicadores 1992*. Washington DC.
7. Charles Schultze, *The public use of private interest*. Ed. Brookings, 1977.
8. Leandro Cantó. *La tiranía ecológica*. Cedice, 1992.
9. *Memoria y cuenta*. MARNR, 1990.